

ble, en la que han brotado tranquilamente altos abetos. A algunos pasos de allí cae en el precipicio una hermosa cascada, que ruge en abril y que el verano reduce á pocos hilos de plata.

Al llegar á la cima de la cuesta echaba los bofes, y me senté unos instantes sobre la hierba; algunas nubes grandes y sombrías habían ocultado el sol, había desaparecido toda habitación humana, y la sombra que caía del cielo daba á aquel inmenso paisaje desierto un no sé qué de siniestro; el lago estaba á mis pies con sus montañas y sus cabos, de los que distinguía perfectamente las ancas, las costillas y los largos cuellos, y parecíame ver un enorme rebaño de vellosos monstruos, agrupado al rededor de aquel abrevadero azul, que bebían tendidos en el suelo, alargando los hocicos en el lago.

Después que hube descansado, seguí ascendiendo...

Había superado las dos primeras zonas, y entraba en la tercera, cuando divisé á cierta altura, á mitad de la cuesta, en un declive cubierto de césped, la casa de madera conocida por los baños fríos. En cinco minutos llegué á ella.

La casa no tiene nada de particular; está revestida de pedacitos de madera tallada en escamas que imitan la corteza de los abetos. Noto de paso que la naturaleza reviste de escamas á todo lo que debe luchar contra el agua, lo mismo á los abetos bajo la lluvia que á los peces en las ondas. Algunas inglesas estaban sentadas delante de la casa.

Me separé del camino, y en medio de algunos peñascos desmoronados encontré la fuentecilla clara y risueña que ha hecho nacer, á dos mil pies del suelo, una capilla primero, y después una casa de salud. Es la marcha ordinaria de las cosas en este país, al que sus grandes montañas vuelven religioso;

primero el alma y después el cuerpo. La fuente cae de la grieta de una roca en hilos de cristal; yo arranqué de su enmohecido clavo la vieja taza de hierro de los peregrinos y bebí de aquella agua excelente, entrando luego en la capilla que está junto al manantial.

Un altar atestado de un lujo católico bastante estropeado, una virgen, muchas flores marchitas, muchos vasos, de los que el dorado había desaparecido, una colección de exvotos en que había de todo, piernas de cera, manos de hojadelata, cuadros retablos figurando naufragios en el lago, efigies de niños curados ó salvados, grilletes de galeotes con sus cadenas y hasta vendajes herniarios; tal era el interior de la capilla.

Nada me daba prisa; di una vuelta por los alrededores de la fuente, mientras que mi guía descansaba y bebía una copa de kirsch en la casa.

El sol había reaparecido. Un lejano rumor de esquilas me llamó la atención, y llegueme hasta el borde de un hondo barranco. Algunas cabras pacían en el ribazo, suspendidas entre las matas. Y bajé hasta allí, un poco á gatas como aquéllas.

Todo en aquel sitio era pequeño y agradable; el césped era fino y suave; algunas lindas flores azules de largo talle asomábanse á las ventanas por entre las zarzas, y parecía que admiraban una bonita araña amarilla y negra que ejecutaba algunos volatines, como un saltimbanquis, en un hilo imperceptible tendido de una á otra mata.

El barranco parecía cerrado como un aposento. Después de haber contemplado la araña, como hacían las flores (lo que, sea dicho de paso, pareció lisonjearla, pues en tanto permanecí allí estuvo admirable de audacia y agilidad), divisé un estrecho pasillo al extremo del barranco, y apenas lo hube traspuesto, la escena cambió bruscamente.

Me hallaba en una estrecha explanada de roca y de césped empotrada como un balcón en la desmesurada pared del Righi. Desenvolviase ante mí en toda su extensión el Burgen, el Buochserhorn y el Pilatos; debajo de mí, á una profundidad inmensa, el lago de Lucerna, recortado por las ensenadas y los golfos, y donde se miraban aquellas caras de gigantes como en un espejo roto. Por encima del Pilatos, en el fondo del horizonte, resplandecían veinte cimas de nieve; la sombra y la verdura cubrían los poderosos músculos de las colinas, y el sol hacía resaltar la osteología colossal de los Alpes; los arrugados granitos se fruncían en lontananza como pensativas frentes; los rayos que bajaban de las nubes daban un aspecto arrebatador á aquellos valles que á ciertas horas llenaban los tremendos ruidos de la montaña; dos ó tres barcas microscópicas cruzaban el lago, arrastrando tras de sí un gran surco abierto como una cola de plata; y veía los tejados de las aldeas con sus humaredas que subían y las rocas con sus cascadas semejantes á humaredas que bajan.

Era un conjunto prodigioso de cosas armónicas y magníficas llenas de la grandeza de Dios. Volví la cabeza, preguntándome á qué ser superior y escogido servía la naturaleza aquel maravilloso festín de montañas, de nubes y de sol, buscando un testigo sublime á aquel sublime paisaje.

Había, en efecto, un testigo, uno solo; pues por doquier la explanada era agreste, áspera y solitaria. No lo olvidaré en mi vida. En una sinuosidad de la roca, sentado, con las piernas colgando sobre un pedrusco, un idiota, un pelagroso, de menguado cuerpo y de faz enorme, reíase con risa estúpida, alumbrada la faz de lleno por el sol, y miraba sin objeto delante de sí. ¡Oh, abismo! Los Alpes eran el espectáculo, el espectador era un cretino.

Y me engolfé en esa espantosa antítesis: el hombre opuesto á la naturaleza; la naturaleza en su más soberbia actitud, el hombre en su postura más miserable. ¿Cuál puede ser el sentido de ese misterioso contraste? ¿A qué viene aquella ironía en una soledad? ¿Debo creer que el paisaje estaba destinado á él, el cretino, y la ironía á mí, el viajero?

Por lo demás, el pelagroso no mostró fijarse siquiera en mí. Tenía en la mano un gran pedazo de pan negro, al que daba dentellada de vez en cuando. Es un cretino que mantiene en el hospicio de los capuchinos situado al otro lado del Righi. El pobre idiota había venido hasta allí á buscar el sol del mediodía.

Un cuarto de hora después me hallaba otra vez en el sendero; y los baños fríos, y la capilla y el barranco y el pelagroso habían desaparecido detrás de mí en una de las ampollas que forma la pendiente meridional del Righi.

Después de haber pasado el peaje, en donde se pide á los viajeros seis batz (noventa céntimos) por caballo, me senté en el borde del precipicio, y al igual que el cretino dejé colgar las piernas sobre un derruido torreón confundido entre las zarzas setecientas toesas más abajo.

A pocos pasos detrás de mí reían y charlaban, rodando por el césped, tres muchachos ingleses muy lindos y muy emperifollados, jugando con su niñera en delantal blanco, como en el Luxemburgo, y dándome los buenos días en francés.

El Righi es muy agreste hacia aquella parte, donde se hace sentir la proximidad de la cúspide; algunos chalets, agrupados como una aldea, se hunden en un alto barranco que rasga la cima del monte, y del lado de Kusnacht, en el abismo, veía trepar hacia mí aquellos altos abetos que serán un día palos de navíos y

que sólo habrán tenido dos destinos, la montaña y el Océano.

Desde el punto donde yo estaba divisase la cumbre, que parece cercana; creéis llegar en cuatro zancadas, y está á media legua.

A las dos, después de una marcha de cuatro horas, muy interrumpida por paradas y *caprichos* en el sentido etimológico de la palabra, estaba en el Righi-Kulm.

En la cima del Righi no hay más que tres cosas: una posada, un observatorio hecho con algunos tablo-nes sostenidos por cuatro maderos, y una cruz. Todo cuanto conviene; el estómago, la vista y el alma forman una triple necesidad; y allí está satisfecha.

La posada se denomina el *Hotel del Righi-Kulm* y me pareció suficiente. La cruz es también suficiente; es de madera, con esta fecha: 1838.

La cima del Righi es una ancha meseta de césped.

Cuando llegué á ella, estaba sólo en la cumbre. Al borde de un precipicio de cuatro mil pies cogí, pensando en ti, mi querida Adela, y en ti, mi Didina, esta linda florecita que os envió.

El Righi tiene nueve veces la altura del campanario de Estrasburgo; el Monte Blanco tiene nada menos tres veces la altura del Righi.

En esas alturas, como la del Righi-Kulm, hay que mirar, pero no hay que pintar. ¿Es esto hermoso ó es horrible? No lo sé, verdaderamente. Es horrible y hermoso á un tiempo. Esto no son ya paisajes, sino aspectos monstruosos. El horizonte es inverosímil, la perspectiva imposible; es un caos de exageraciones absurdas y de espantosas disminuciones.

Las montañas de ochocientos pies son unas miserables verrugas; los bosques de abetos son grupos de malezas; el lago de Zug es un cubo lleno de agua; el valle de Goldau, esa devastación de seis leguas cua-

dradas, es una palada de barro; el Bergfall, esa muralla de setecientos pies, á lo largo de la cual se deslizó la enorme masa que se tragó á Goldau, es la ondulación de una montaña rusa; las carreteras, por donde pueden cruzarse tres diligencias, son hilos de telaraña; las ciudades de Kussnacht y de Art, con sus campanarios pintarrajeados, son aldeas juguetes para poner en una cajita y regalarlas á los niños; el hombre, el buey, el caballo, no son siquiera unos pulgones, pues se han desvanecido por completo.

A esta altura, la convexidad del globo se mezcla hasta cierto punto en todas las líneas y las confunde. Las montañas toman posiciones extraordinarias. La punta del Rothorn flota sobre el lago de Sarnen; el lago de Constanza sube á la cumbre del Rossberg; el paisaje está loco.

En presencia de ese espectáculo inexplicable, se comprende el número de cretinos que pululan por la Suiza y la Saboya. Los Alpes hacen muchos idiotas. No es propio de todas las inteligencias familiarizarse con tales maravillas y pasear desde la mañana hasta la noche, sin ofuscación y sin estupor, un radio visual terrestre de cincuenta leguas en una circunferencia de trescientas.

Al cabo de una hora de permanencia en el Righi-Kulm, uno se convierte en estatua, echa raíces en un punto cualquiera de la cumbre. La emoción es inmensa. Y es que la memoria no está menos ocupada que los ojos; es que el pensamiento no está menos ocupado que la memoria. No es sólo un segmento del globo el que se os presenta á la vista, es también un segmento de la historia. El *touriste* viene á buscar un *punto de vista*; el pensador encuentra aquí un libro inmenso, donde cada roca es una letra, donde cada lago es una frase, donde cada aldea es un acento, y de donde surgen revueltos como una humareda dos